

Instantáneas de Carlos Fuentes

Enrique González Pedrero

I

Me viene a la memoria una reunión en casa de Carlos Fuentes para planear algún número de *El espectador*... *El Espectador* fue una revista mensual que hicimos para poder escribir con toda libertad sobre lo que pasaba en el México de más allá de la mitad del siglo. Coincidimos en ella Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes y yo, que éramos de la generación de los cincuenta (la de Medio siglo) de la Facultad de Derecho; Jaime García Terrés que, viniendo de la Facultad de Derecho también, era de una generación anterior, y Francisco López Cámara y Luis Villoro, que eran de generaciones anteriores, pero de la Facultad de Filosofía y Letras: López Cámara era doctor en Historia y Villoro, doctor en Filosofía. ¿Qué nos unió, además del espíritu universitario? Respondo de inmediato: una visión ideológica afín, que era parte del espíritu del tiempo, y la vivencia europea de todos.

Carlos vivía entonces en la Segunda Cerrada de Frontera, en San Ángel, en una casa muy agradable y tranquila. Poco a poco fuimos llegando cada uno de los miembros del consejo, que dirigíamos la revista mensualmente, y la casa del director en turno era el lugar de la reunión. Creo recordar que el director escribía el editorial y, entre todos, decidíamos los materiales que debían integrar la revista. Hecha la repartición del trabajo y decididas las fechas de entrega, la reunión se volvía charla de amigos, comentario de la realidad nacional e internacional, así como de los libros y películas recomendables. En suma, un gratísimo recuento de lo ocurrido recientemente, y de las perspectivas y visiones de cada quien. La junta terminaba con una comida o cena, en algún restaurante cercano, y así, hasta la siguiente. La revista se imprimía en la imprenta de Manuel Marcué Pardiñas y entre todos la corregíamos. Cuando quedaban espacios, Carlos los colmaba con textos que redactaba a vuela pluma, o con caricaturas o dibujos, o con

pensamientos o frases *ad hoc*. En suma, Carlos Fuentes era un hombre equipo, con esa enorme capacidad que tenía para transformar en un instante en palabras inteligentes, todo lo que veía, oía, o pensaba...

II

A veces, creo que Carlos habría destacado en cualquier terreno cercano a su vocación de escritor, que descubrió a edad temprana. Sé que esto que digo es contradictorio, pues Carlos Fuentes era ante todo y sobre todo un hombre de letras, un gran escritor que vivía mañana, tarde y noche, por y para la literatura. Pero léanse sus reflexiones sobre la política, o sobre las relaciones internacionales, o a propósito de la justicia o la injusticia reinantes, y se verá si no existen elementos para detectar que el gran escritor hubiera podido ser, también, un brillante hombre de Estado, un diplomático de forma y fondo, o tal vez, un imaginativo jurista. Revísese su diálogo con el ex presidente chileno Ricardo Lagos, en *El siglo que despierta*, y se verá si lo que digo es incorrecto. Pero esta suposición mía sólo quiere destacar la inteligencia multifacética, la personalidad múltiple, abarcadora, del gran escritor que fue Carlos Fuentes.

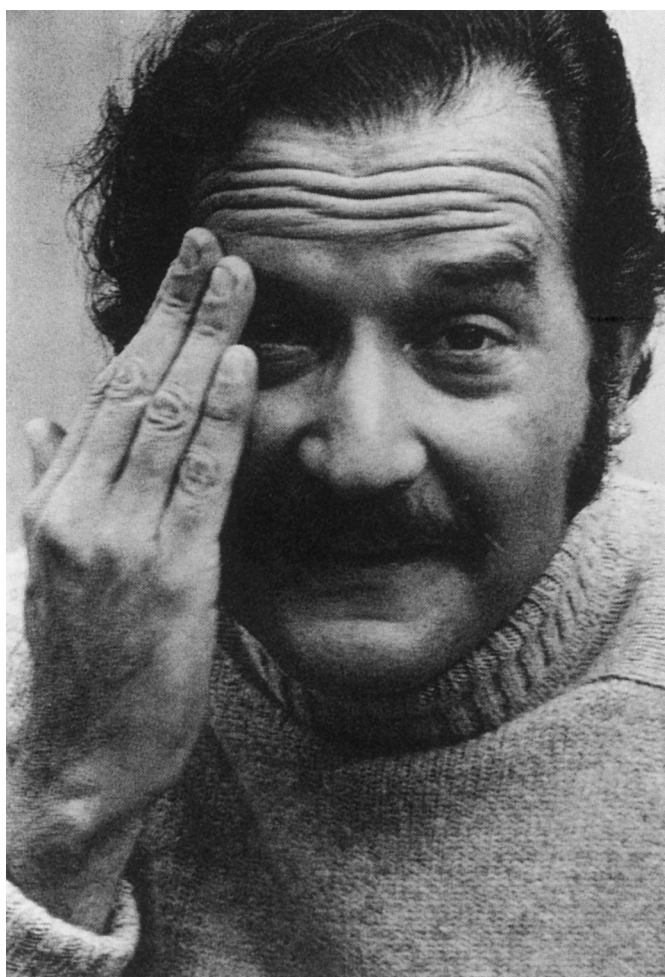
III

Una de mis alumnas me obsequió recientemente una foto con C. Wright Mills, durante una de sus estancias en México. Creo que aquella vez vino para impartir un seminario en el Instituto de Ciencias Sociales, que entonces dirigía Pablo González Casanova. Es la fotografía de una reunión en el Fondo de Cultura Económica. Atrás del maestro Silva Herzog, sentado, estamos tres jóvenes: Pablo, Carlos y yo. Atrás de Mills, sentado al

lado de don Jesús, está don Arnaldo Orfila, director del Fondo, y dos personas más. El libro futuro que desarrolló entonces en aquel seminario el gran sociólogo se llamó más tarde, *The Marxians*. (Es curioso cómo una fotografía puede traer tantos recuerdos, lo mismo de las personas como de la época).

IV

Recuerdo que durante el viaje tricontinental que hizo el presidente Echeverría en los setenta, don Jesús Reyes Heróles, entonces presidente del PRI, me comisionó para que yo me integrara a la comitiva en la parte occidental del viaje (Canadá, Inglaterra, Bélgica y Francia), a la que se sumaría él en París, para continuar el periplo por Rusia y China. Estando en Londres, en donde vi entonces *La naranja mecánica*, me comuniqué con Carlos, que a la sazón era embajador de México en Francia, y cuya gestión coincidió con la de Pablo Neruda en la capital francesa. Le pedí a Carlos que aprovechando mi estancia en París, de ser posible, organizara un encuentro con el gran poeta, a quien yo tenía muchos deseos de conocer. Carlos había arreglado todo para la reunión, pero cuando llegamos a París, Carlos me comunicó que Neruda había tenido que viajar urgentemente a Chile, de donde ya no regresó, y yo me quedé con el deseo de



Carlos Fuentes en una fotografía de Sara Facio, París, 1968

conocer al gran poeta de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, a quien leí y releí durante mi juventud...

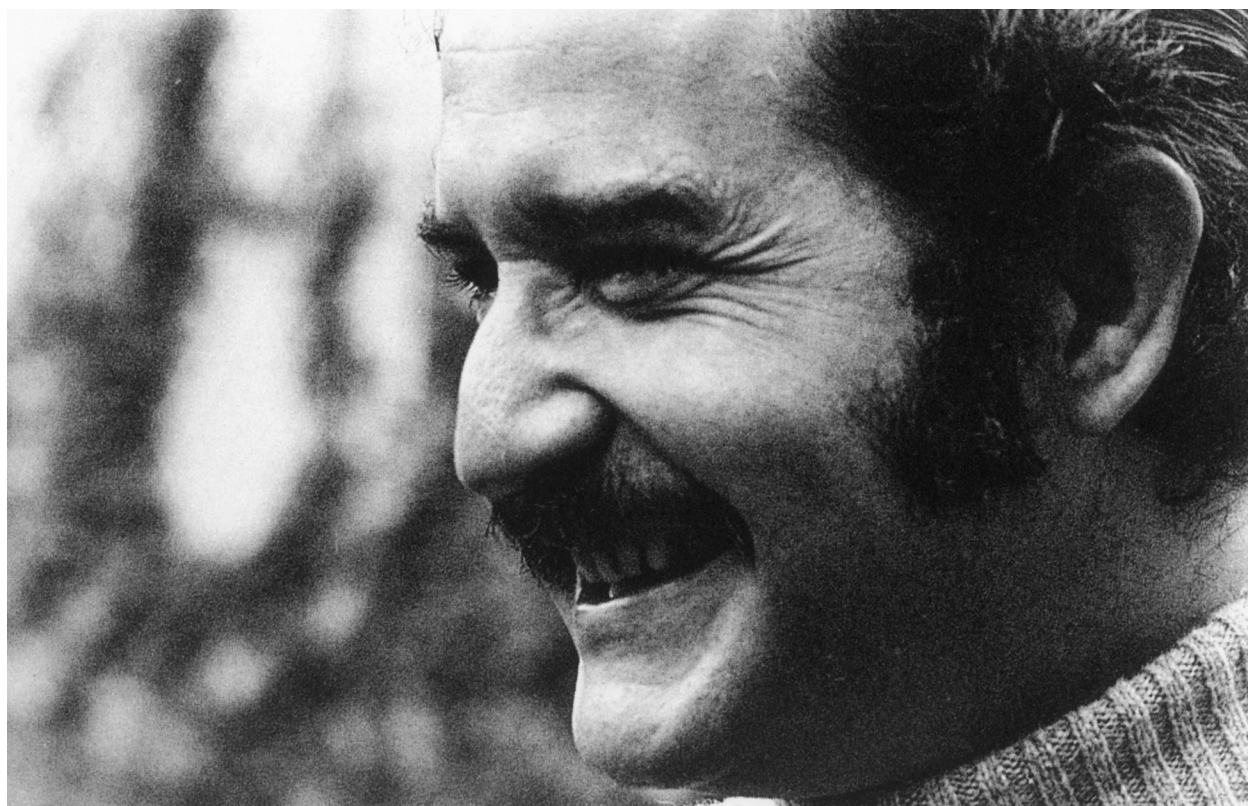
V

Cuando veía las descripciones del homenaje póstumo a Carlos Fuentes en el Palacio de Bellas Artes: “el féretro color caoba y la bandera tricolor cubriéndolo”, no daba yo crédito a lo que decía el periódico. Como no podía creer aquel 15 de mayo, Día del Maestro, a la noticia de la muerte de mi amigo. ¿Por qué razón? No lo sé. Pero me parecía que no era posible que quien había estado en la Feria del Libro de Buenos Aires hacía apenas unas horas antes, hubiese muerto. Todavía en la noche de ese martes 15 de mayo, cuando después de impartir una conferencia en el Club de Periodistas y transitar por Paseo de la Reforma para dirigirme hacia San Jerónimo para dar un abrazo a Silvia, recordaba yo las veces que caminamos por esa avenida para ir a la Librairie Française, a las tertulias que se organizaban en la oficina de la directora para comentar las novedades bibliográficas que nos tenían reservadas a los asiduos, o para pasar a la Secretaría de Relaciones, donde Carlos trabajaba con Octavio Paz, frente al Sanborns, donde se reunían a menudo Carlos Monsiváis, Sergio Pitlor y José Emilio Pacheco. En fin, parece increíble pero tenían más vida los recuerdos que la triste realidad, por más evidente que ésta fuera. Es más, aún ahora, tengo que esforzarme para asumir que Carlos ya no está entre nosotros, cuando debía de estar en esa mesa, conversándonos sobre *Federico en su balcón*.

Es curioso, pero al irse de repente, Carlos estará más cerca de nosotros para siempre. No obstante, me duele que el mundo en el que nos formamos, que los maestros que nos guiaron, como los inolvidables Manuel Pedrosa y Mario de la Cueva; que los seres con los que convivimos durante medio siglo se hayan ido convirtiendo en recuerdos. Ahora que mencionaba al grupo de amigos que hicimos *El Espectador*, caigo en la cuenta de que la mitad de ellos han partido ya: Jaime García Terrés, Paco López Cámara y Carlos Fuentes y sólo quedamos: Luis Villoro, Víctor Flores Olea y yo...

VI

No sé si será mejor el mundo que ahora vivimos. Tal vez, pero honestamente a mí me gustaba más aquél, con todos sus defectos e imperfecciones. Me gustaba más el Estado nacional que la globalización, las ideologías de entonces que el neoliberalismo, el cine de Antonioni y Bergman o Chabrol, que el de ahora. Pero ya me puse



© Sara Pardo

nostálgico —lo que hubiera aprovechado Carlos para jugarme alguna broma— cuando lo que hay que hacer, habría dicho Fuentes, es disfrutar al máximo lo que vivimos y sacarle todo el jugo que se pueda...

Me es difícil sintetizar en unas cuantas cuartillas aquella fraterna y larga amistad con el autor de esas espléndidas novelas iniciales, como *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura*, y las cenas en casa de Manolo Barbachano y en la del propio Carlos, a veces hasta la madrugada, sin que eso impidiera que al día siguiente nos reuniésemos para planear el próximo número de *El Espectador* (del que, por cierto, no conservé ningún ejemplar).

En algún texto de los que se han publicado recientemente en los periódicos, alguien recordaba al gran Quevedo, que era uno de los poetas frecuentados por Carlos, (junto con Góngora), cuyos versos vienen como anillo al dedo al recordar a nuestro querido amigo:

Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos.

VII

Habría muchas cosas notables que evocar de Carlos Fuentes, pero para mí la más envidiable fue siempre su extraordinaria capacidad de trabajo. Sólo así puede entenderse la vastísima obra de este Balzac mexicano. In-

teligente, con un gran sentido del humor, brillante, tramundos incansable, gran lector, gran conversador. En suma, un ser humano completo.

Pero un día llegó sin anunciarse, esa

“reina todopoderosa que nos precedió y seguirá aquí cuando desaparezcamos”, dice Carlos, y pregunta: “¿Nos anunció antes de ser? ¿Nos recordará después de haber sido? O más bien, la nada que nos precedió y que nos seguirá. ¿Sólo se vuelve consciente en tanto naturaleza, no en tanto nada, gracias a nuestro paso por la vida?... Nos reta a creer que la memoria de los que sobreviven será nuestra única vida más allá de la muerte... Quizá seamos recordados pero nosotros mismos ya no recordaremos. Quizás muramos sabiendo todas las cosas del mundo, pero de ahora en adelante, nosotros mismos seamos cosa”.

VIII

Tal vez en sus múltiples reencarnaciones, Carlos Fuentes vaya siendo la multitud de personajes que era a un tiempo y que el escritor asumió para que lo auxiliaran en sus trabajos literarios, pues como él decía, “una vida no basta. Se necesitan múltiples existencias para integrar una personalidad”. Pues bien, ese gran viajero, que regresaba de algún lugar y estaba a punto de partir para otro, continuó así hasta el final. Acababa de estar en Buenos Aires, una de las ciudades de su primera juventud, y sin despedirse, partió nuevamente. Feliz cumpleaños y hasta luego, Carlos...